

Educar y ser Maestro: Mucho más que enseñar*

José Gregorio Rodríguez

E-mail: jgrodriquez@unal.edu.co

En su sentido más profundo, educar no significa enseñar y mucho menos entrenar para pensar, actuar o sentir de una determinada manera. Educar significa abrir horizontes que hagan posible la afirmación del sujeto y su participación de forma responsable en la invención cotidiana de la vida en sociedad.

Aunque los fines de la educación varían de época en época y de sociedad en sociedad, la mayéutica socrática ha inspirado el quehacer de los educadores y su formación en Occidente. Del latín *Educare*, que significa acompañar a cada sujeto para que emerjan las manifestaciones humanas que lleva dentro, la educación tiene como fin central, facilitar la emancipación de las ataduras de la ignorancia. El acto educativo es un acto liberador que apela a la razón a través del diálogo para que cada persona reconozca tanto su riqueza interior como las características de su cultura y las ponga en interacción con el propósito de tomar las riendas de su propio destino y de participar con otros en la construcción de la historia.

Si bien, la actuación de cada sujeto en su relación con sus semejantes puede considerarse como un acto que performa al otro y lo interpela para entrar en relación intersubjetiva, el ejemplo como forma de educar y la imitación como expresión del aprendizaje, defendidos por algunos como la forma más auténtica de educar, sólo puede ser considerada como una práctica emancipadora -y no como un mero ejercicio de adiestramiento- si apela a la racionalidad del co-actuante para hacer suya la actuación de manera libre y conciente.

En su sentido más profundo, educar no significa enseñar y mucho menos entrenar para pensar, actuar o sentir de una determinada manera. Educar significa abrir horizontes que hagan posible la afirmación del sujeto y su participación de forma responsable en la invención cotidiana de la vida en sociedad.

La tragedia de la globalización homogeneizadora que impone un pensamiento único como 'la vía para el desarrollo' consiste en eliminar las posibilidades de invención que cada sujeto individual y colectivo tiene como deber, reduciéndolas a unos estándares clasificatorios, los cuales se relacionan con la ganancia como fin último. Estos patrones de comportamiento estimulan el individualismo a ultranza, la competencia y el éxito como valores supremos y destruyen los esfuerzos milenarios por hacer de la solidaridad, la verdad y el goce de la vida los elementos básicos de la condición humana.

Tal vez la disfuncionalidad que presentan los pueblos de América Latina con respecto al modelo unificador que los hace ver atrasados, lentos, perezosos, ineficaces e ineficientes no sea un lastre, sino un mecanismo de resistencia que nuestras gentes han inventado para salvar aquello que

* Artículo publicado En: *Educación y cultura*. No. 68: 40-42. Junio 2005. Revista de la Federación Colombiana de Educadores. Bogotá. ISSN 01207164

constituye la esencia de la humanidad: su diversidad. Una educación que, además de defender la diversidad, reconozca en cada sujeto y en cada colectividad una historia personal y colectiva que sea el fundamento de cada acto pedagógico y sobre el cual se construya el sentido del saber universal para cada pueblo y cada sujeto exigen un replanteamiento de la misión de la educación, la escuela y los educadores.

La escuela

Son varias y diversas las agencias e instituciones que las sociedades han creado para llevar a cabo su acción educadora. La escuela se distingue por ejercer su misión a través de las relaciones que sus agentes establecen con el conocimiento. El cruce de saberes universales, locales, experienciales y escolares en el ámbito escolar adquiere vida y sentido en el encuentro intersubjetivo de sus miembros para llevar a cabo el ejercicio de estudiar, investigar, debatir argumentadamente y escribir. La escuela es ante todo una casa de estudio y no, al menos en lo fundamental, una casa de enseñanza; por ello se hace necesario replantear su sentido en las diversas sociedades. El afán de hacer de todas las escuelas del mundo unas fábricas de trabajadores calificados con el sofisma de incorporarlas al mundo de la felicidad global es, desde una perspectiva humana de largo plazo, una flagrante mentira, pues no todos nuestros países podrán disfrutar de las mieles de la bonanza ni todos los seres humanos tendrán cabida en la estrecha oferta de bienestar.

Las escuelas de América Latina, sobre todo las que atienden a las grandes poblaciones de niños y jóvenes que nacieron en la pobreza, deben inventar nuevos sentidos para que maestros y estudiantes encuentren una razón que los anime a despertar cada mañana e ir a sus escuelas. Los estudios siguen demostrando que el fracaso, la deserción estudiantil y la abulia profesoral no han cambiado, a pesar de todos los esfuerzos que se hacen para que su permanencia en la escuela cobre significado. La construcción de la identidad de los sujetos y nuestros pueblos en un siglo en el que la información y el conocimiento son condiciones indispensables para ser ciudadanos del planeta, constituye un propósito más sensato para nuestras escuelas si queremos que sean lugares vivos de la cultura y del crecimiento humano. Recobrar la memoria de nuestros pueblos, reconocer el saber de niños, maestros y vecinos y poner esos saberes locales y experienciales en diálogo con los saberes académicos, son prácticas que deben entrar a la escuela, pues de no ser así, muy pronto, los saberes que han permitido a nuestros pueblos hacer la vida, habrán desaparecido de la faz de la tierra, como ha sucedido con muchas de las lenguas en nuestro territorio.

Así mismo, las universidades de nuestros pueblos, tan afanadas por internacionalizarse y cumplir con los estándares que exige el siglo de la información y del conocimiento, sitiadas por las mediciones de éxito laboral de sus egresados y la rentabilidad de sus pocas investigaciones, no pueden olvidar que su existencia está estrechamente ligada a la posibilidad que sus pueblos tengan **que** seguir existiendo de manera autónoma en el concierto cada vez más global de las naciones, pues las leyes del mercado pronto barrerán con las pocas barreras protectoras que hoy regulan la oferta y demanda de conocimientos y la expedición de títulos, quedando subsumidas por los grandes consorcios de venta de cursos de actualización, pregrados, postgrados e, incluso, servicios de investigación y consultoría.

Las universidades y escuelas, agencias que Occidente creó específicamente para cumplir la misión educadora de sus pueblos, hoy sumidas en una función eminentemente económica, si no despiertan del letargo y detienen la loca carrera para sobrevivir en un mercado cada vez más competido y en un mundo que les arrebatara su significado más profundo, pronto serán instituciones caducas que

nadie defenderá. Es urgente que, sin perder el horizonte mundial, volvamos la mirada hacia nuestras propias sociedades para preguntarnos por su pasado, replantear nuestro quehacer para participar efectivamente en la construcción de su presente y brindarles múltiples y creadoras salidas que las recreen y las hagan cada vez más fuertes y vivas.

Los educadores

Una escuela que interpele el sentido del saber para la vida de sus actores y para las comunidades en las que se inserta, requiere de maestros que pongan su saber en función de la generación de nuevos saberes, antes que en función de la enseñanza. Las relaciones del maestro con el saber de su especialidad y con el saber educativo constituyen la puerta de entrada para interrogarse por las realidades de su contexto, su historia, sus tradiciones y la sabiduría de sus habitantes. Desde ese saber se hace posible tender puentes de comunicación con los colegas de otras áreas con miras a construir proyectos curriculares complejos, a través de los cuales estudiantes y profesores emprendan aventuras de conocimiento que motiven múltiples viajes al mundo de lo cercano, de lo cotidiano, y para encontrar nuevos significados a sus vidas, significados que no estén lastrados de la desesperanza, la exclusión y la miseria, producto del gran mercado en el que todo se compra y todo se vende.

Las maestras y maestros que requieren los pueblos de América Latina, no son solo aquellos que pueden demostrar la habilidad para enseñar un fragmento de conocimiento y de entrenar a individuos funcionales, sino los que manifiestan una vocación de compromiso con el saber, al punto que hacen posible el diálogo múltiple entre los saberes universales y los saberes locales, entre los distintos saberes del currículo escolar, entre los saberes de las generaciones mayores y los saberes de los niños y los jóvenes y entre las formas argumentativas propias del discursar académico y las narrativas venidas de los medios de comunicación, la interactividad de la multimedia, los video juegos o Internet. Son también aquellos que no desfallecen ante la apatía y el desencanto que parecen rondar el mundo escolar y, quienes, en lo más profundo de su ser, reconocen que la tarea de un maestro es la de contribuir a la formación de mujeres y hombres libres.

La práctica pedagógica como práctica social, no puede ser reducida a modelos de ingeniería porque cada acto de clase es un acto de creación y no una mera repetición de fórmulas orientadas a un objetivo predeterminado, es una auténtica *poiesis*, que propicia interacciones humanas de gran riqueza, mediadas por el conocimiento y hacen que los minutos compartidos en las aulas se conviertan en instantes de creación de vida. Entonces, Maestro no será solo el que enseña, sino el que permite y estimula la libertad, creadora de vida y constructora de sociedades democráticas.

Desde esta perspectiva, la formación, selección y evaluación de los educadores son tres procesos que se fundamentan en el reconocimiento de la práctica pedagógica como actividad humana, histórica y contextualizada que se lleva a cabo en condiciones y circunstancias siempre cambiantes y como tal, no puede ser generalizada ni reducida a formas instrumentales.

La formación del educador no se logra únicamente antes del ejercicio profesional, sino que exige un permanente estudio a lo largo de toda su vida; sin embargo, no puede desconocerse la necesidad de introducirse en el saber pedagógico antes de enfrentar de manera profesional y ética el trabajo educativo en los contextos escolares y universitarios. No basta con un saber disciplinar o profesional, pues la labor educativa excede con creces la tarea de transmisión del conocimiento: es una permanente recontextualización, es la posibilidad humana de poner el conocimiento como 'pre-

texto' para el encuentro intersubjetivo que busca la liberación de los participantes en cada acto pedagógico. El conocimiento debe superarse como meta y fin para ser un requisito que desarrolle el pensamiento, riguroso, complejo y libre; capaz de transformar la voluntad, el deseo y la acción de cada sujeto, de motivar nuevas formas de relación y cooperación intersubjetiva que vayan más allá de las fronteras del examen y de la nota individual, que conlleven a compromisos ético-políticos y a formas de ver, sentir y asumir, como individuos y como pueblos, nuestro papel en el mundo.

La selección de los educadores exige que tanto los procesos como los resultados se lleven a cabo con arreglo a los sentidos que las sociedades, diversas entre sí, le den a la educación, a la escuela y a la universidad y a la misión y características de los sujetos en quienes se delega la función pública de educar. No basta con aplicar pruebas de conocimientos generales y específicos en un área del conocimiento: se hace necesario que los candidatos hagan explícito su saber acerca de los contextos institucionales y locales en los cuales desarrollarán su labor, la representación o imaginario que tienen de los grupos poblacionales con los que irán a trabajar, los fines que persiguen a través de su ejercicio profesional, las tensiones que perciben entre los saberes disciplinares o profesionales, los escolares, los locales y los experienciales de los actores educativos, y las alternativas pedagógicas que, derivadas de su propio proyecto de vida, proponen para participar desde su práctica pedagógica profesional en la construcción de una sociedad incluyente y democrática.

La evaluación de los educadores tendrá como propósito central abrir espacios para la reflexión y toma de conciencia que permitan reconocer el papel social que juegan, individual y colectivamente; los caminos y acciones que les permiten alcanzar los fines que cada educador persigue y los que les exige la sociedad y las relaciones que establecen con el conocimiento, los contextos locales, la institución educativa, los colegas y los estudiantes, con miras a hacer de cada acto pedagógico un acto público que pueda ser conocido, aceptado y valorado por toda la sociedad. En consecuencia, los procesos de evaluación deben partir de dinámicas de base que logren legitimidad entre los maestros y sus más directos interlocutores: los estudiantes, deben ser permanentes y brindar información que pueda ser de dominio público y tenga validez para reorientar la acción.

Desde una perspectiva libertaria de la educación, que reivindique el sentido que en Occidente se le ha dado reiteradamente desde hace 25 siglos, se hace necesario hacer explícitas las contradicciones del actual modelo neoliberal que reduce la educación a una función económica y disfraza su discurso de alineación bajo un supuesto ropaje de competitividad y equidad que nunca se lograrán, en la medida que cada vez, con mayor fuerza, los hechos muestran que la institución educativa, llámese escuela o universidad, pierde sentido para quienes la habitan y la hacen, sencillamente porque no logra formular un proyecto que dé cabida a intereses y sueños de maestros y estudiantes. Así mismo, ha perdido valor para grandes sectores de la población de nuestras sociedades, que ven en ellas una continuidad de las cadenas que los oprimen y no una puerta que los libere de las nuevas formas de esclavitud.

Urge, así mismo, replantear tanto el sentido como las funciones y tareas de las instituciones educativas, orientándolas hacia la preservación de los saberes ancestrales, la producción de formas diversas de comprender y solucionar los problemas locales, y la formación de conciencias libres preparadas para formular alternativas que se correspondan con la historia de nuestros pueblos y, a su vez, puedan responder a los retos que demanda el mundo actual, global, intercomunicado y regido por las leyes de mercado impuestas por los más ricos. Compleja paradoja que va mucho más allá de enseñar, y requiere de un compromiso con la construcción colectiva de saberes acerca de nuestro propio mundo y de las múltiples maneras de hacer la vida en él.